

De tebeo

# La fábrica de la locura

La publicación en 2014 de *Yo, asesino*, obra singular por su densidad y contundencia, marcó el inicio de la colaboración entre el guionista Antonio Altarriba (Zaragoza, 1952) y el dibujante José Antonio Godoy, Keko (Madrid, 1963). La fecunda complicidad entre ambos dio también fruto en *El perdón y la furia* (2017). Ahora, *Yo, loco* (Norma editorial) muestra de nuevo que la alianza de sus dos talentos es una de las mejores noticias de la historieta española de hoy.

Tal y como su título indica, *Yo, loco* sigue el camino abierto por *Yo, asesino*. Para certificarlo, la obra incorpora detalles argumentales y alusiones a aquella primera historia, que trenzan no tanto una continuidad de ambos relatos como una extensión de cada uno de ellos en las páginas del otro. La nota sobre los autores que cierra el volumen añade la información de que trabajan en un tercer volumen que completará una trilogía. A la espera de lo que desarrolle en su día esa tercera parte, los dos libros publicados comparten mucho más que los citados detalles: se rigen por unas pautas narrativas y formales que sirven eficazmente para configurar un universo tan hipnótico como inquietante.

Ángel Molinos trabaja para Otrament (Observatorio de Trastornos Mentales), empresa subsidiaria de la multinacional farmacéutica Pfizin. Su tarea consiste en describir conductas humanas como patologías, estos es, como conjuntos de síntomas y riesgos que requieren tratamiento farmacológico. Otra-



## Altarriba y Keko firman ficciones inquietantes, que añaden intriga y atmósfera a realidades complejas

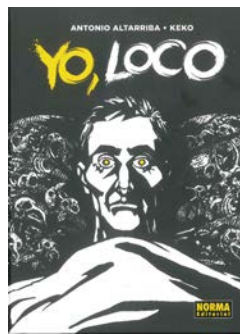
ment fabrica locuras para que su grupo produzca luego medicamentos con que tratarlas. Cuando la historia comienza, Molinos se propone desvelar los experimentos y oscuros manejos de la empresa, lo que desencadena una intriga de averiguaciones en secreto, amenazas y violencia.

Como en *Yo, asesino*, la voz narrativa es la del protagonista, quien cuenta y se explica a medida que vive su aventura. Pero la intriga es más densa en *Yo, loco*, pues lo que sabe o cree saber y lo que desconoce el protagonista determinan el sentido. El guion de Altarriba administra cuidadosamente el discurso de Molinos, que a menudo se limita a vivir su vida ante los ojos del lector, sin narrarla, pero también expresa sus dudas y su confusión. Conocemos por añadidura sus pesadillas y sus delirios, que consigna en un *Cuaderno de sueños y alucinaciones* desde la primera escena.

En dicha escena, Molinos dice que "algo informe y oscuro"

amenaza su estabilidad mental y que anota sus sueños a fin de exorcizarlo. El frágil equilibrio mental y emocional del personaje opera así como uno de los factores que determinan el rumbo de la narración. Sus pesadillas se alimentan de recuerdos traumáticos: fue víctima de abusos siendo niño y un paria homosexual en su juventud. Tal biografía emocional configura motivaciones y explica su comportamiento, por lo que adensa el relato de sus peripecias actuales.

Aunque la acción acude también a París, se desenvuelve esencialmente en Vitoria, donde tiene su sede Otrament, y en Oñate, donde Molinos vivió infancia y juventud. Dichos escenarios, representados con minucia fotográfica, sitúan la intriga y sus oscuras sinuosidades en lugares familiares, vividos por Altarriba, o vecinos de éstos, como los que acogieron algunas de las escenas de *Yo, asesino*. Su cercanía, lo mismo que otora la atribución de los ras-



gos del guionista al artista del asesinato, tiene un efecto singular en la lectura. Bajo la superficie reconocible de calles o plazas, se agitan y van descubriéndose turbiedades ocultas, similares a ese "algo informe y oscuro" que perturba al protagonista tras su aparente normalidad. El mundo, en particular el inmediato y familiar, oculta pesadillas y crímenes.

Keko es dibujante que traza sus viñetas mediante un uso resuelto de las manchas negras. Superficies, vestimentas y figuras adquieren cuerpo y se organizan gracias al rotundo empleo de la tinta, que define las realidades más diversas (un paisaje urbano lo mismo que la tra-

moya inconcebible de una pesadilla) y al mismo tiempo las envuelve en un tono emocional, sombrío y desasosegante.

La gramática visual de estas historias creadas con Altarriba incorpora además un segundo color —el rojo en *Yo, asesino*, aquí el amarillo— que tinta detalles dispersos y ocasionales. Amarillos son los ojos del protagonista enloquecido, la carpeta en que recibe información comprometida sobre la empresa o un cartel que prohíbe el acceso a una zona de ésta. Dicho segundo color contribuye al efecto emocional perturbador que logran las manchas negras dominantes. Keko distribuye los destellos amarillos como señales ominosas de lo oculto, de lo que se insinúa, perturbador, antes de causar todo su efecto maléfico. El dibujante prueba de nuevo su habilidad para trascender el realismo, para sugerir y añadir sentido al sentido.

Sumando sus talentos, Altarriba y Keko están dando forma a las ficciones más inquietantes, añadiendo intriga y atmósfera a la complejidad. Sus historias son únicas, pero cada una descubre una porción del tapiz, otro pliegue insospechado de un mundo fascinante y aterrador.

Juan Manuel Díaz de Guereñu

Perros bailando

# Es terrorismo

2018 no ha terminado bien. Como escribía Noemí López Trujillo, cada generación tiene su propia Caperucita, esto es, su propia historia de terror sexual (las niñas de Alcasser, Sandra Palo, Sonia Carabantes...), y las más jóvenes han visto estos días cómo se gestaba, recreaba y reconstruía la pesadilla por la que pasó Laura Luermo, la última víctima mediática de esta interminable guerra contra las mujeres. Porque sí, como nos recuerda siempre la periodista Iratzu Varela, es una guerra. Una guerra que en nuestras sociedades se libra con técnicas terroristas. El miedo es la herramienta crucial para el mantenimiento del patriarcado —porque modula nuestro comportamiento, volviéndonos prudentes, discretas, temerosas de estar en según qué sitios a según qué horas— y los feminicidios lo diseminan con eficacia. Asesinan a Laura, pero todas nos sentimos señaladas, vulnerables, en el centro de una diá-

na. #LauraSomosTodas es el hashtag que se extendió por las redes sociales cuando se encontró el cadáver de la joven profesora zamorana, y una reacción machista sin precedentes se dedicó a acusar a las usuarias que lo difundieron de alarmistas y de histéricas. Después de todo, España es un país cuyas tasas de criminalidad son bajísimas; las probabilidades de morir asesinada son nimias. ¿Cómo podía-



nos sentirnos señaladas o, como llegué a leer, "apropiarnos del prestigio del dolor de la víctima"? Estoy segura de que no se habrían atrevido a deslegitimar que parte de la sociedad vasca tuviera miedo tras un atentado de ETA a pesar de que, también entonces, morir a manos de los terroristas puntuara bajo en las estadísticas de lo posible. No se habrían atrevido a hacerlo porque el mundo entiende el modo en que funciona el terrorismo, que mata a un número relativamente pequeño de personas en comparación con la enormidad del grupo al que consigue atemorizar. Es hora de asumir que la violencia sexual funciona de la misma manera, y de exigir el mismo respeto hacia sus víctimas directas e indirectas, y la misma contundencia y recursos para combatirla.

Aixa de la Cruz